

El aumento de la vulnerabilidad social y la crisis expresiva de la identificación social

Juan José Villalón Ogáyar

UNED

Las sociedades europeas están experimentando cambios sustantivos en sus formas de identificación social. El consumo, el ocio y el gusto se han convertido en referentes centrales de identificación social desde los años ochenta, mientras que identidades como la clase social o la nación han ido perdiendo centralidad en la experiencia social. Sin embargo, el proceso parece haberse ralentizado desde comienzos de los noventa. Desde entonces, ha aumentado una cierta sensación de incertidumbre o de dificultad expresiva de las identidades sociales. ¿Es ésta una fase del proceso histórico de cambio cultural que auguraba la posmodernidad? ¿O es una situación provocada por el aumento de la vulnerabilidad laboral que puede tener como consecuencia el desarrollo de un nuevo modelo de religación social? A estas cuestiones trata de responder este artículo aportando los resultados de un estudio financiado por FOESSA en 2007 y 2008.

1. Introducción

Los vínculos que unen a las personas cambian de un sistema social a otro. Los iguales en una sociedad no son los iguales en otra. De ello ya hablaron algunos clásicos de la sociología, cuyas observaciones les llevaron a sistematizar el análisis del cambio social en torno a las diferencias sobre cómo se vinculaban los individuos cuando cambiaba el modo de trabajo, entre otras cosas. Para ellos, existía una asociación muy fuerte entre la aparición de la fábrica o el aumento de la división del trabajo desde finales del siglo XVIII y los modos en que las personas quedaban insertas en las redes sociales que las integraban en los grupos humanos en las sociedades industriales europeas. Y ello, observaron, tendría consecuencias sobre cómo se organizaría la vida política de la nueva sociedad, una vez que tomasen conciencia de su posición social, como indicó Marx en algún momento.

La forma en que se identifica a los iguales determina los vínculos sociales. Afecta, básicamente, a cómo se traduce la realidad objetiva de la estructura social en fuente de organización de la acción colectiva. Por ello, al cambiar un sistema social es necesario atender a cómo varía su cultura de identificación, pues ello permitirá prever cómo será su arquitectura política en el futuro próximo.

Las sociedades europeas están experimentando cambios sustantivos de sus formas de identificación social tras la II Guerra Mundial. El desarrollo de la sociedad del consumo y la reducción de las desigualdades sociales vino acompañada, desde los años setenta, por la creación de unas nuevas formas de vinculación más particularizadas que desmovilizaron a la sociedad. Se comenzó a producir un cambio cultural extensísimo, en el que las identidades de clase y nación dejaron de ser fundamentales, y el consumo, el gusto y el ocio vinieron a ocupar su

espacio como elemento central de religación entre los individuos.

Pero ese proceso parece haberse ralentizado desde comienzos de los noventa en algunos lugares. En España, concretamente, ha seguido reduciéndose la relevancia de identidades como la clase social. Y las nuevas generaciones han seguido asumiendo las formas de identificación más electivas y microscópicas como básicas. La expansión general de estas últimas identidades sociales parece haberse atascado, si bien se han ido fortaleciendo otras, como la edad o el sexo. Y, sobre todo, lo que ha ocurrido es que ha aumentado una cierta sensación de incertidumbre, o, más bien, de crisis expresiva, que se refleja en la dificultad de la gente por ordenar por importancia sus identidades sociales.

En una primera aproximación, realizada en un estudio publicado en 2006 (Villalón), se pudo comprobar que existía cierta asociación entre el aumento de la precariedad del empleo en España y las tendencias anteriormente descritas. Posteriormente, se pudo comprobar que el fenómeno de la precariedad laboral lo que fomenta es la identificación social con algún tipo de rasgo en particular, como la edad. Existe una fuerte vinculación entre ocupar una posición social más vulnerable en las empresas y la familia e identificarse según la edad (Villalón, 2008). Y, en ese mismo trabajo, pero en su versión electrónica en línea (Villalón, 2008b), se mostró cómo existen variaciones significativas en los perfiles sociodemográficos de los que se identifican según unos rasgos, otros o ninguno. Así, los perfiles más vulnerables tienden a identificarse según el sexo o género, la clase social, la región o nacionalidad, y el municipio, o a no identificarse en mayor medida según otros rasgos. Mientras, los perfiles menos vulnerables se orientan hacia formas de identificación como las ideas políticas, las ideas religiosas, los estilos de vida y la profesión o trabajo.

Sin embargo, en ningún estudio se ha podido todavía comprobar qué factores influyen sobre la crisis expresiva concretamente. ¿Es ésta una fase del proceso histórico de cambio cultural? ¿O es una situación provocada por el aumento de la vulnerabilidad laboral? A estas cuestiones trata de responder este artículo aportando los resultados de un estudio financiado por FOESSA en 2007 y 2008.

2. Los vínculos sociales en las sociedades industriales: la clase y la nación

Las transformaciones habidas en las sociedades europeas a lo largo del siglo XIX fortalecieron unos sistemas sociales en los que el trabajo adquirió una fuerte importancia como factor de vinculación social. La familia parecía la institución central en las sociedades tradicionales. Y de ella habían ido derivando

diferentes instituciones sociales que tenían en la familia su pilar esencial, como el clan, la tribu, el pueblo o la nación. Pero los cambios ocurridos en el modo de producción produjeron que el trabajo viniese a ser el segundo factor esencial de vinculación social en las sociedades emergentes en el siglo XIX. Y así, la nación (rasgo de identificación relacionado con la experiencia familiar) y la clase social (rasgo derivado de la ocupación adquirida en el mercado de trabajo) se convirtieron en los dos rasgos esenciales de vinculación que actuaban aunando a los individuos en torno a proyectos colectivos defendidos en la arena política y, ocasionalmente, en la guerra.

3. Dimensiones objetiva y subjetiva de las identidades sociales

La clase social y la nacionalidad son elementos de identificación de los iguales que se han ido gestando a lo largo de procesos históricos concretos. Por ello, en primer lugar, son el resultado de realidades objetivas experimentadas por los miembros de los grupos humanos. Por tanto, un observador externo puede decidir a qué clase o nación pertenece un individuo en función de su observación. Pero, además, ese tipo de rasgos son el resultado de creencias aprendidas por los seres humanos y que les sirven para identificar a sus iguales.

¿Qué es lo que produjo que la clase social y la nación se convirtieran en elementos esenciales de vinculación social en las sociedades europeas del siglo XX? Cualquier rasgo que pueda diferenciar a los seres humanos puede funcionar como instrumento para identificar quiénes son semejantes y quiénes son diferentes, quiénes tienen sus mismos intereses y quiénes los tienen opuestos, así como pueden servir a un individuo para posicionarse en la estructura social o sentirse parte de una comunidad específica. El hecho de que la clase y la nación hayan llegado a ser tan importantes es un hecho en el que debieron de influir tanto la realidad objetiva de diferenciación y desigualdad como la percepción subjetiva que los grupos sociales desarrollaron de quiénes eran iguales y quiénes diferentes. Sí es un conocimiento asentado que, desde el siglo XIX al menos, existió un sustrato de desigualdad objetiva. Pero, ¿hubo una conciencia de ello? Los hechos indican que sí. El desarrollo de una conciencia de clase y nación tuvo su reflejo y derivó en el desarrollo de instituciones como los sindicatos o los partidos nacionalistas, que fueron protagonistas de los más grandes conflictos políticos del siglo XX y que no habrían sido posibles sin unas masas poblacionales que creyesen en lo que defendían: que había divisiones objetivas entre clases y naciones.

La conformación de actores sociales es el resultado de un largo proceso, en el que, según Tezanos (2001), se pueden identificar tres grandes fases: la

fase objetiva, la fase intersubjetiva y la fase de la acción social. La objetiva es aquélla en la que se forma una estructura social específica en la que se producen unas diferencias y desigualdades sociales objetivamente observables. La intersubjetiva es una fase simultánea a la anterior en la que los individuos van tomando conciencia y desarrollando, conjuntamente, unas imágenes o representaciones sociales que ayudan a aunarse entre sí a aquellos que tienen unos intereses comunes y a distinguir a los que han desarrollado unos intereses diferentes. Y la fase de la acción social es la fase posterior a las dos enunciadas; en ella, la toma de conciencia en un contexto objetivo determinado pasa a generar nuevas formas de agrupación –movimientos sociales– que expresan, desarrollan y defienden los intereses colectivos, lo que produce, a su vez, nuevas instituciones, ideas, creencias y valores que refuerzan a un sector social determinado hasta que se produzca un cambio social que desactive las razones objetivas que les llevaron a agruparse.

En la fase intersubjetiva, una de las herramientas centrales que se transforman son las formas de ordenación subjetiva que hacen los individuos de las identidades sociales, las cuales permiten identificar a cada individuo como parte de un sector social determinado objetivamente. A esta herramienta cognitiva es a la que llevo denominando desde hace varios años jerarquía de las identidades sociales básicas (Villalón, 2006).

4. Las jerarquías de identificación social

Las jerarquías de las identidades sociales básicas o jerarquías de identificación son instrumentos cognitivos que resultan de la necesidad de desarrollar una representación general de uno mismo en el entorno. Es un resultado del proceso de identificación personal que comienza con la pregunta “¿quién soy yo?”, a la que se responde ordenando un conjunto de atributos de diferente naturaleza, como ha venido a demostrar la psicología social. Entre los atributos de identificación personal, se encuentran las identidades sociales. Éstas son los atributos que sirven, específicamente, para agrupar a los que tienen los mismos intereses y diferenciarlos del resto de individuos. Es decir, sirven para situarse y situar a los demás en la estructura social.

Las jerarquías de las identidades sociales son configuradas por los individuos en relación con los demás. Por ello, una forma de jerarquización no es un hecho aislado, sino que muchos individuos tienden a ordenar sus identidades sociales de un modo similar. La identificación es un proceso dialéctico que sucede en el exterior y el interior de los grupos y los individuos. Y la relación entre ambas dimensiones del ser humano y de los grupos de los que forma parte es lo que lleva a que se desarrolle una

identificación determinada. Por ello, existen coincidencias muy altas entre las formas en que jerarquizamos nuestras identidades sociales y el modo en que lo hace nuestro vecino.

5. La extensión de las identidades sociales básicas

Las identidades sociales que forman parte de las jerarquías de identificación se diferencian por dos rasgos analíticos. El primero es la extensión de una determinada identidad social en la conciencia de los miembros de esa sociedad sobre quiénes son sus iguales, es decir, cuantas personas se identifican de ese modo en una sociedad. Y la segunda es la intensidad con la que se identifican de un modo de determinado aquellos que definen a sus iguales en función de dicho rasgo.

A día de hoy sabemos muy poco sobre cómo funcionan estas dimensiones. ¿Por qué la gente de un país determinado identifica como iguales a aquellos que son de su familia o de su misma ocupación? ¿Y por qué para unos es más importante una de esas identidades sociales, mientras que para otros lo son rasgos como la nacionalidad, los hábitos o el género sexual? Los factores que influyen sobre la intensidad y la extensión de las identidades sociales parecen estar relacionados con la cultura y la estructura social. El modo en que se organiza el trabajo y la vida familiar, el ocio y la política resultan cruciales.

6. Las identidades sociales de los europeos

Los rasgos que los europeos han utilizado a lo largo de la historia para situarse en la estructura social se pueden clasificar en tres grandes categorías: las identidades adscriptivas, las identidades adquiridas y las elegidas. Las adscriptivas son las que vienen dadas por nacimiento. Las adquiridas son las que se obtienen fruto del esfuerzo o las decisiones tomadas en la biografía personal. Y las identidades elegidas son las que se desarrollan en el espacio privado del ocio y el tiempo libre, o en el de las creencias e ideologías en sociedades pluralistas.

Las instituciones sociales cuyas estructuras y dinámicas potenciaron el desarrollo de estos tipos de identidades han sido, básicamente, la familia y el Estado-nación, por un lado, y la empresa y el mercado de bienes y servicios, por otro. Actualmente, las encuestas con preguntas sobre identidades sociales de escala estatal o internacional hacen referencia, en la mayor parte de los casos, a los siguientes elementos: la clase social, el género, la nacionalidad, la etnia, la localidad, la región, la profesión o trabajo, los estilos de vida, la edad, las ideas políticas, las ideas religiosas y la familia.

Las identidades sociales más relevantes en las sociedades europeas están relacionadas con la familia y el trabajo (véase el gráfico 1). Los siguientes más relevantes son adscritos: la región, la nacionalidad, el género y la edad. Les siguen tres clásicos de la vida política europea: la clase social, la religión y la preferencia por un partido político. A todas ellas se une, en la actualidad, la etnia, que es un rasgo que no ha aparecido todavía en la política europea con fuerza desde la II Guerra Mundial y tras el Holocausto judío, salvo ocasionalmente y de manera muy localizada, en regiones específicas del centro de Europa.

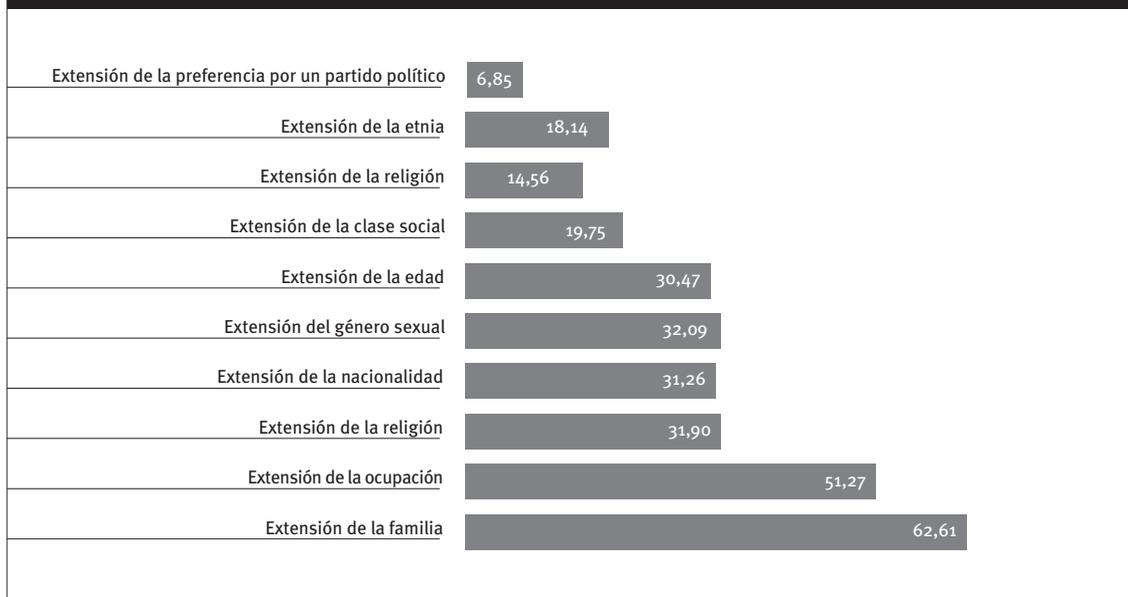
Pero esto no ocurre únicamente en Europa. En el año 2003, el *International Social Survey Programme* (ISSP) realizó una encuesta en 50 países del mundo. Los resultados indican que en el mundo la gente tiende a identificarse, fundamentalmente, en función de la familia y la ocupación, si bien, la mayor parte de los demás rasgos también suele aparecer en casi todos los países encuestados.

Carecemos de una herramienta técnica que permita estudiar a escala internacional la importancia relativa de los estilos de vida respecto de las demás formas de identidad social. Dicho tipo de estudio sólo puede hacerse con el instrumento que existe en una encuesta periódica que hace en España el Grupo de Estudio sobre Tendencias Sociales (GETS) desde

1995. En dichas encuestas se ha podido observar que estos elementos de identificación son también muy importantes desde hace más de una década. No obstante, la intensidad con la que la gente se identifica según este criterio ha tendido a descender en los últimos años (Villalón, 2006), a pesar de que es un tipo de identidad que está muy asociada a las nuevas generaciones y que, por lo tanto, se podría pensar que tiende a aumentar su relevancia conforme las generaciones van sustituyéndose. Pero la realidad es que tanto la extensión de este rasgo como su intensidad han estado descendiendo paulatinamente entre la población joven desde 1995 hasta 2003, y, desde entonces hasta 2008, parece haberse producido un cierto mantenimiento en torno al 45% de extensión y al 50% de intensidad de identificación entre los jóvenes menores de 30 años (Tezanos, Villalón y Díaz, 2008).

Sin embargo, no es posible en las encuestas del GETS analizar la relevancia relativa de las identidades sociales respecto a la identificación con la familia. La familia, como elemento de identificación, se dejó al margen de dicho instrumento por entender que su relevancia respecto de las demás es incuestionable. Este supuesto debería ser revisado a la luz del estudio del ISSP de 2003, en el que se observó que había otras identidades sociales básicas que habían alcanzado en España un nivel similar al de la familia, como era la edad.

Gráfico 1. Media de extensión de las identidades sociales básicas* en 22 países europeos (%)



* Primer, segundo y tercer grupo más importante con el que se identifica.

Fuente: Elaboración propia a partir del estudio *International Social Survey Programme* (2003): *National Identity II*, nº ZA3910.

7. Cambios recientes en los modos de identificación social de los españoles

Las tendencias más recientes en España de cambio de la jerarquía de las identidades sociales básicas son: la crisis expresiva y el paso desde una pluralidad de formas de identificación, entre las que destacaba un conjunto de rasgos con un contenido ideológico fuerte durante la modernidad española, hacia un nuevo marco de identificación en el que parecen fortalecerse formas de identificación más laxas ideológicamente, como son los estilos de vida definidos por las aficiones, costumbres, modas o los gustos compartidos. Este último cambio ha ocurrido también en el sector más joven de la población, los menores de 30 años, aunque con la peculiaridad de que ha perdido intensidad la identificación mediante los estilos de vida y ha ganado la de la edad, una identidad adscriptiva (Villalón, 2007). Con ello parece que tiende a asentarse la jerarquía de edad-estilo de vida como la predominante en la sociedad española.

Los estudios previos (Villalón, 2006) indican que este cambio está asociado al aumento de la precariedad laboral. Desde esta perspectiva, el cambio ocurrido en las jerarquías de identificación social se considera producido por la situación altamente vulnerable de un gran número de jóvenes y mayores de 65 años que son expulsados o mantenidos en condiciones muy precarias de indefensión. Las identidades que sirven a los grupos sociales para identificar a los que pueden tratar peor son las que se fortalecen y aumentan su intensidad. Y, las demás, aunque extendidas debido a los cambios estructurales y culturales, se ven abocadas a posiciones secundarias en la jerarquización de las identidades sociales.

En el momento actual, sin embargo, la tendencia más patente es el aumento de la dificultad de las personas para poder identificar quiénes son sus iguales y quiénes son diferentes.

En el estudio ya referenciado (Villalón, 2006), indicaba que, desde 1985, la cúspide de la jerarquía de identificación, en lo que concierne a la extensión de las identidades sociales, se ha mantenido bastante estable. Así, aunque ha ido variando la extensión de la edad y los estilos de vida en la conciencia social como factores identificativos de los iguales, siempre han sido estas dos las formas de identificación más extendidas entre los españoles. Igualmente, en aquel estudio se ha constatado que la extensión de otras identidades sociales, como las relacionadas con ideas o con la profesión, es minoritaria, además de haber ido reduciéndose poco a poco a lo largo del tiempo. También, se ha podido observar en esos estudios cómo la región y el municipio se han mantenido como elementos importantes de referencia para un porcentaje minoritario, pero que no disminuyen significativamente en el período estudiado.

Finalmente, los cambios se ha podido constatar que son paulatinos. Así, el aumento de la extensión de las identidades como el sexo y la edad, o el descenso progresivo de la identificación en primer lugar función de los estilos de vida, se han constatado que son progresivos, muy explicados por el factor tiempo. Sin embargo, no es una cuestión generacional, porque los estilos de vida siguen siendo una forma de identificación predominantemente juvenil. Los cambios parecen asociados a las transformaciones experimentadas por la sociedad española en este período.

El período histórico vivido por la sociedad española desde los años ochenta hasta la actualidad se ha caracterizado, fundamentalmente, por ser parte del tránsito desde una sociedad a otra que todavía no se ha terminado de formar. España se encuentra inmersa en un proceso largo de modernización que ha implicado fuertes cambios estructurales y culturales en todo el territorio, que han impulsado su modernización económica, cultural y social (Del Campo y Tezanos, 2008). Éste es el corolario de varios procesos y tendencias que podrían resumirse en siete aspectos básicos, a modo de pilares sobre los que se está conformando el nuevo modelo de sociedad. Éstos son, esencialmente, los siguientes:

- Modificación de los perfiles de la población como consecuencia del envejecimiento y la inmigración.
- Desarrollo de modelos familiares nucleares, reducidos e igualitarios.
- Aumento de la xenofobia y el racismo.
- Crisis del trabajo.
- Dualización del sistema de estratificación.
- Aumento de la conciencia de riesgo e inseguridad.
- Alteración de los modelos de referencia e identificación básica, que se dirigen hacia un modelo cultural pluralista y orientado hacia referentes microscópicos y sin compromisos en la arena política.

Estas tendencias se producen en un contexto global que afecta a la mayor parte de los países del entorno de España. Éste se ha caracterizado por la revolución tecnológica de la comunicación y la información, el predominio de enfoques ideológicos conservadores, la globalización de los mercados, las grandes dinámicas migratorias internacionales y el mantenimiento inercial de una arquitectura política heredada de las sociedades industriales que no se ha ajustado a los cambios poblacionales, estructurales y culturales ocurridos.

De todo este proceso, surge un conjunto de retos excepcionalmente complejos. Resumidamente, éstos son el aumento de los conflictos intercultural-

les, el auge de los nacionalismos, la precarización laboral, la división social, la preponderancia de los poderes económicos sobre la sociedad civil y una sociedad crecientemente individualizada, los cuales implican, fundamentalmente, la necesidad de una reestructuración de las instituciones sociales básicas de España: las familias, las empresas y el Estado. Y, por tanto, ello implica una transformación de los vínculos sociales.

8. La crisis de identificación de los iguales

Como decía al principio, las formas de jerarquización de las identidades sociales básicas juegan un papel esencial en la reordenación de la sociedad. La identificación social permite que los individuos se agrupen en torno a unos intereses específicos compartidos. Si los miembros de unos sectores sociales que ocupan posiciones divergentes o antagónicas en la estructura social desarrollan una conciencia de grupo, ello podrá llevar, en ciertas circunstancias, a la movilización social, al desarrollo de movimientos y acciones colectivas que busquen conducir el cambio social.

Sin embargo, en el proceso de adecuación a una nueva arquitectura societaria, en España se ha producido un vacío cultural, una crisis de sentido de carácter expresivo y una ralentización del proceso de cambio cultural que ya venía produciéndose desde los años setenta posiblemente. Se habla de crisis de las identidades sociales básicas ante el hecho de que las representaciones que son fundamentales en un modelo de sociedad dejan de ser exclusivas y relevantes para la identificación social. Tal crisis se convierte en expresiva cuando la pérdida de relevancia simbólica de las identidades sociales básicas va acompañada de una mayor dificultad para encontrar o utilizar otras identidades sociales.

En el caso español, la dificultad de identificarse con un tipo de grupo específico no era relevante a mediados de los años ochenta. En aquel entonces, la sociedad española tenía muy diversos tipos de identidades sociales básicas. Se hacía patente la crisis de las identidades modernas, pero otras habían sustituido a aquéllas en la conciencia de pertenencia de una gran parte de la población. La más importante era de carácter sociocultural, desligada de las diferencias sustantivas en las estructuras laborales y políticas y formada a partir de estilos de vida basados en las costumbres o las modas, los gustos o las actividades ociosas tan crecientemente relevantes en las sociedades emergentes europeas de la época.

La identidad con los que tienen los mismos estilos de vida es un conjunto de factores de diferenciación desligados de la estructura social moderna y que fueron tomando entidad como formas de diferencia-

ción social en las sociedades avanzadas al desarrollarse el ocio y el consumo. En conjunto, en tal identidad se abarcan los elementos de lo que puede llamarse los estilos de vida. Estilo de vida es un concepto que hace referencia a esquemas de acción social pautada, repetida y socialmente condicionada, pero que no se tienen por qué asimilar a esquemas estructurales predefinidos, como el de clases o estatus etarios o sexuales. Preguntarse por los estilos de vida suele ser una manera de plantear cómo las sociedades construyen las diferencias sociales y 'responden' a las estructuras objetivas modificando las estructuras subjetivas con sus prácticas¹.

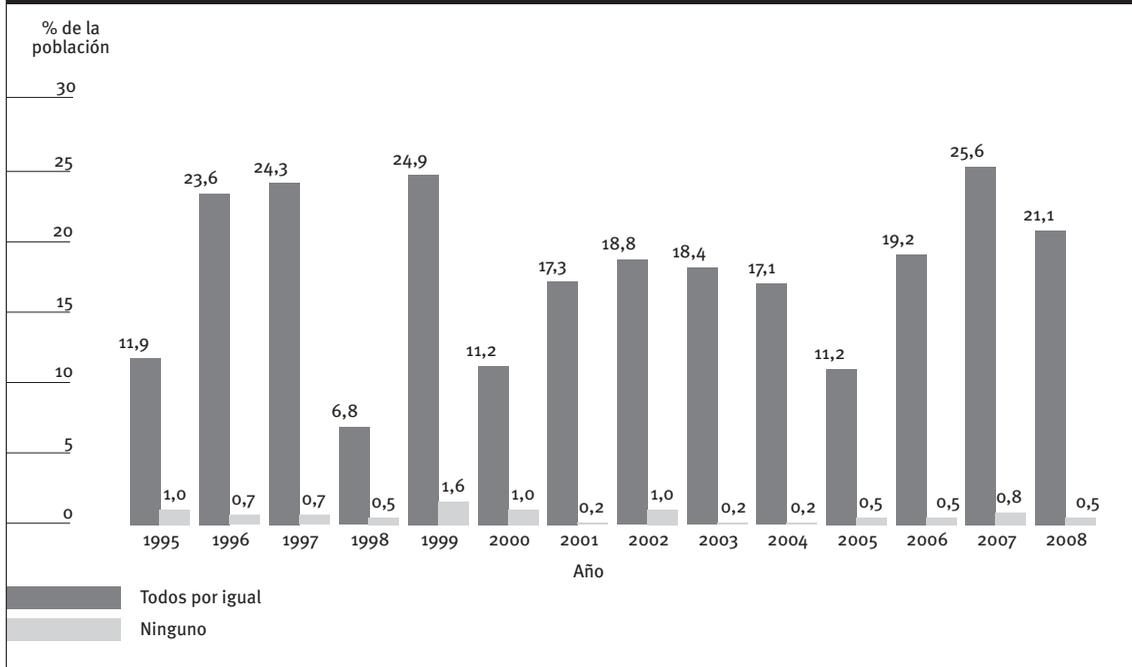
En una crisis expresiva, el individuo quedaría vinculado a los demás sólo según fuese definido por la estructura social

La importancia de este elemento es enorme en el cambio social actual. En los años ochenta y noventa, la cultura del consumo de los españoles desarrolló un repertorio de estilos de vida que difuminaron las formas de identidad centradas en el linaje y en la ocupación, y las sustituyeron por otras más versátiles (Marinas, 1998). Sin embargo, a comienzos de los noventa comenzó el descenso de la intensidad con que esta identidad social era utilizada. En tal contexto, además, la crisis expresiva aumentó. Desde 1985 a 1997 el porcentaje de personas que se identificaban con todos por igual, sin distinguir en la sociedad unos sectores sociales con diferentes intereses en función de unos rasgos generales, se triplicó.

Por consiguiente, a principios de los noventa convergen dos tendencias en la conciencia de pertenencia de los españoles. Por un lado, se reduce la extensión de las identidades adquiridas e ideológicas propias de la modernidad española. Y, por otro, comienza una crisis expresiva importante entre la población, que deja de refugiarse en las identidades basadas en estilos de vida del modo en que lo pudo hacer en la década previa. A partir de entonces, progresará la identificación con las personas de la misma edad y el mismo sexo. Mientras, se estabilizará la identificación con quienes tienen los mismos estilos de vida. Y fluctuará la identificación con todas las personas por igual, con una tendencia creciente desde 2000 a 2008 que llega a situarse en torno al 20% de la población (gráfico 2).

¹ Sobre la importancia del consumo en la conformación de los estilos de vida, véase Alonso, L. E., *La era del consumo*, Madrid, Siglo XXI, 2005.

Gráfico 2. La crisis expresiva. España, de 1995 a enero de 2008



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta de Tendencias Sociales, 1995-2008 (preguntas: "De los siguientes grupos de personas que figuran en esta tarjeta que le voy a entregar, ¿me puede decir con cuál se identifica usted más en primer lugar, es decir, con cuál piensa usted que tiene más intereses comunes?", "¿Y en segundo lugar?").

El problema de la generalización de una crisis expresiva es teóricamente grave. En ella, el individuo quedaría vinculado a los demás sólo según fuese definido por la estructura social. La vinculación subjetiva desaparecería. Es decir, los grupos sociales, tal y como los hemos definido anteriormente, desaparecerían. El conflicto de poder sería sólo entre organizaciones sociales. El individuo quedaría culturalmente atomizado. La acción colectiva dejaría de tener sentido. Sería éste un claro rasgo de una sociedad donde no existirían grupos sociales, sino organizaciones e individuos vinculados entre sí a la manera *durkheimiana* de carácter orgánico, es decir, ligados por la actividad realizada en la organización y no por la similitud de la situación vivida. La conexión que define el rol se convertiría en la vinculación que orienta la acción, por lo que sólo existiría la acción social instituida. Desaparecería la actividad comunitaria en defensa de intereses grupales. No existirían movimientos sociales. No habría luchas por el poder entre clases sociales. Y, por tanto, habría una estructura orgánica de funciones múltiples donde cada cual ocuparía un puesto. Los intereses de la acción serían los de la organización y no de una determinada colectividad frente a otra. La selección sería el único camino hacia una vinculación. Así, la sociedad de individuos produciría una difícil situación en las relaciones de poder, porque la estructura de ésta estaría diluida en la conciencia social, al no estar unida a una imagen nítida de los

problemas, de quiénes los sufren y de quiénes los provocan. Las diferencias se mantendrían, el poder estaría en manos de unos pocos objetivamente hablando, pero todo ello se diluiría en la complejidad de la estructura social. La competición por los recursos sociales entre las organizaciones sería la base del conflicto y el cambio. Las clases objetivas dominantes en cada una de las organizaciones sociales serían las únicas capaces de organizarse para luchar y transformar el orden establecido. Los sistemas sociales se definirían sólo por la organización dominante².

No hay una sociedad semejante, pero, en organizaciones totales, como una cárcel o un centro de salud mental, es posible que sí se produzca algo parecido. Berger y Luckman (2000) exploran esta cuestión explicando que el individuo no puede construir sus identidades de la nada. Las sociedades necesitan desarrollar nuevas instituciones sociales cuando las existentes entran en crisis. Si no, el individuo está abocado a la experiencia de la incertidumbre y la inseguridad. Ante el riesgo, emerge la demanda de

² Que la historia humana se puede explicar teniendo sólo en cuenta la lucha entre las organizaciones sociales, sin contar con la relevancia de los movimientos sociales surgidos de la conciencia de clase es algo que ya muchos autores han intentado. Uno de los más sugerentes es David Anisi (*Creadores de escasez. Del bienestar al miedo*, Madrid, Alianza Editorial, 1995).

una nueva vinculación a las “comunidades de riesgo”, es decir, a núcleos de solidaridad libremente elegidos (Beck y Beck, 2003). Pero ello implica generar nuevas instituciones intermedias entre lo global y el individuo que regeneren los lazos sociales (Berger y Luckman, 2000).

9. Las identidades sociales básicas en 2008, por regiones

En España, la crisis expresiva no está generalizada. El porcentaje de población que se encuentra afectado por ella es más de un 25% o un 30%, según las encuestas. Pero no se distribuye del mismo modo por toda la geografía del territorio español. La pregunta que nos hacemos es: ¿qué modelos sociales específicos representados por regiones favorecen la crisis expresiva?

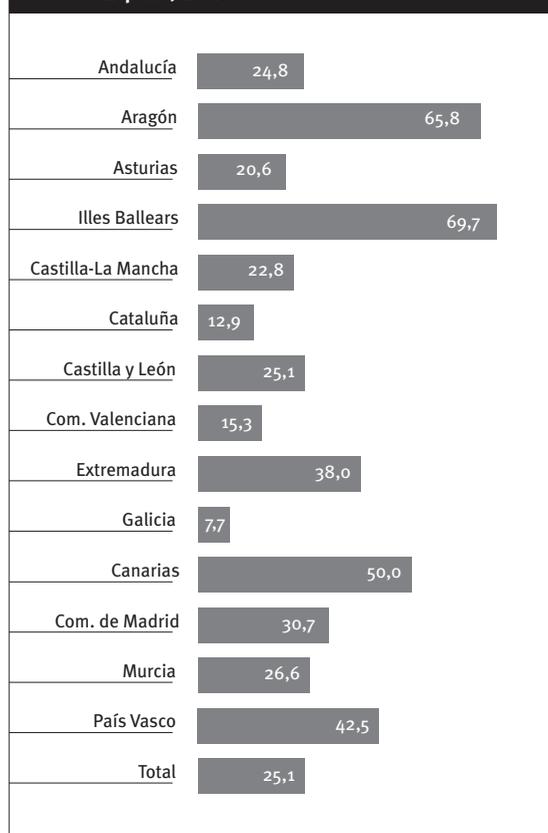
El número de regiones de las que tenemos datos fiables son 15. Las que tienen un mayor índice de crisis expresiva son las Islas Baleares, Aragón y Canarias (más del 50% de la población). Seguidamente están:

País Vasco, Extremadura, Madrid, Murcia, Castilla y León, Andalucía, Castilla la Mancha y Asturias. Y las que tienen un menor índice de crisis expresiva son Comunidad Valenciana, Cataluña y Galicia (gráfico 3).

9.1. ¿Cuáles son los modelos de identificación que priman en estas regiones?

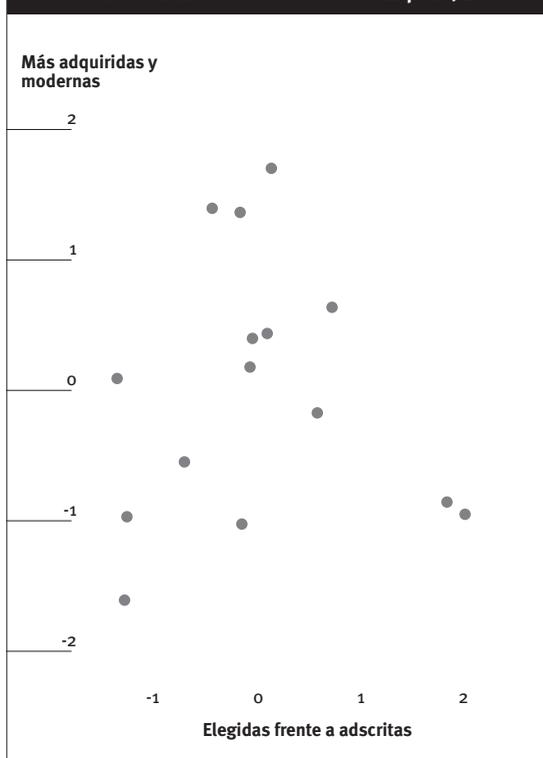
El análisis factorial de la extensión de las identidades sociales básicas revela la existencia de dos ejes de diferenciación en las distintas regiones de España, que definen cuatro grandes categorías de sociedades en función de su cultura de identificación (gráfico 4): las que priman elementos adscriptivos, como la edad, el sexo, o el lugar de residencia o nacimiento; las que priman elementos adquiridos, como la clase social o la profesión, y elegidos del ámbito macro, como las ideas políticas y religiosas; las que priman los elementos elegidos del ámbito micro, como los gustos, las costumbres, las modas y las aficiones; y un grupo intermedio de comunidades autónomas que quedan a una distancia similar de estos tres grupos. Sólo una región queda aislada en la representación gráfica de estos ejes, al estar situada como muy próxima al cuarto colectivo, pero con unas mayores identidades adquiridas e ideológicas.

Gráfico 3. Porcentaje de población que respondió “Con todos por igual” a la pregunta por el grupo de identificación principal, según regiones. España, 2008



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta sobre Condiciones de Vida, 2008.

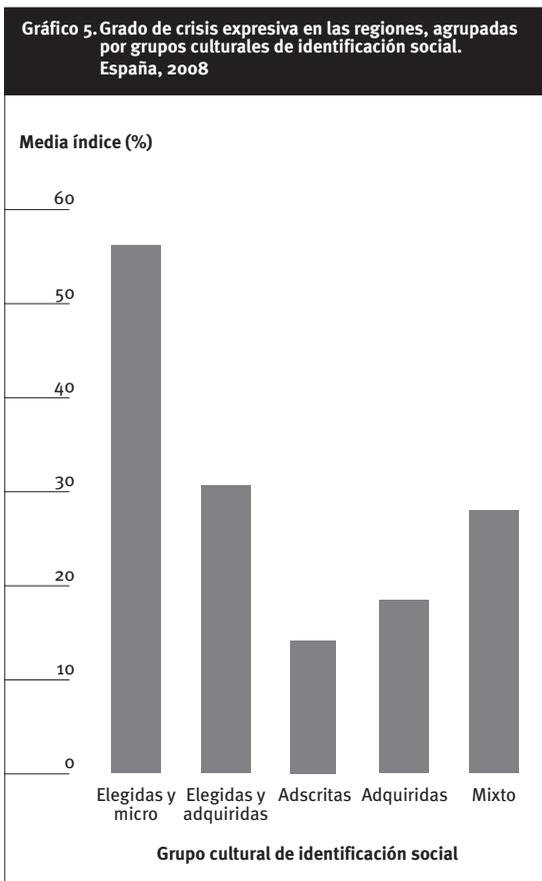
Gráfico 4. Posición de cada región en el espacio plano formado por los ejes de extensión de las formas de identificación social básica. España, 2008



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta sobre Condiciones de Vida, 2008. Ejes definidos por medio de un análisis factorial entre la extensión de todas las identidades sociales básicas en las 15 regiones analizadas. Rotación Varimax. Los factores rotados explican el 80% de la varianza.

9.2. ¿Afecta la extensión de las identidades sociales al nivel de crisis expresiva en cada región?

La correlación con los factores de anteriores no es significativa con un margen superior al 95% de confianza. Sí lo es a más del 90%. La relación tiende a ser negativa. Es decir: a más identificación por medio de rasgos adscritos o adquiridos, menor es la crisis expresiva. En correspondencia con estos resultados anteriores, la crisis expresiva se extiende, principalmente, por las regiones en las que predominan las formas de identificación en los estilos de vida. El porcentaje medio de población que no se identifica de modo específico en cada conglomerado de regiones con las identidades sociales básicas es significativamente diferente. Las regiones en las que predominan las formas de identificación basadas en los estilos de vida, seguidas de las del modelo mixto, son las que tienen un mayor grado de crisis expresiva, y están muy alejadas de aquellas regiones en las que predomina un modelo adscriptivo basado en la región, el municipio, la edad o el sexo. En una posición intermedia se ubican aquellas regiones en las que predomina algo más de lo habitual las identidades adquiridas e ideativas, como la clase social, la profesión, las ideas políticas o las religiosas (gráfico 5).



Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta sobre Condiciones de Vida, 2008.

Por tanto, parece que, ciertamente, existe una fuerte asociación entre las formas predominantes de identificación social básica en una sociedad y su grado de crisis expresiva. Y es la asociación entre el factor diferenciador entre las regiones cuyas poblaciones se identifican con las identidades adscriptivas frente a los estilos de vida el que más afecta. Por tanto, se produce mayor grado de dificultad expresiva en aquellas sociedades en las que más se han desarrollado las formas de identificación elegidas y micro.

9.3. Causas de la crisis expresiva

En los análisis actuales sobre la evolución cultural de las sociedades emergentes europeas en torno al hecho de la identificación social, una hipótesis muy extendida es que las tendencias generales parecen desarrollar una cultura más individualista. Las estructuras sociales del Estado y la empresa tienden a fomentar la individualización, mientras que el desarrollo de la sociedad del ocio, el consumo y la mesocratización han fomentado la segmentación de la vida laboral y la vida privada, fomentando formas electivas de identidad. Al mismo tiempo, procesos como la precarización laboral y el debilitamiento del Estado del Bienestar han debilitado los lazos sociales y políticos, de modo que, en Europa, las principales instituciones sociales se han debilitado (Dubar, 2002). Esto ha fomentado comunidades más microscópicas y laxas, que son las que se corresponden con las formas de identificación basadas en los estilos de vida y de carácter societario, elegidas por el sujeto. Parece, por tanto, que estas formas son las que mejor se adaptan al modo de vida emergente, el más evolucionado, el más adaptado.

Siendo esto así, ¿por qué se está produciendo una crisis expresiva precisamente en las sociedades que han extendido más las formas de identificación basadas en los estilos de vida? ¿Acaso no están respondiendo adecuadamente a los retos a los que se enfrentan, a los cambios que se están produciendo? Estas preguntas se plantean desde un marco teórico que concibe la jerarquización de las identidades sociales como un acto realizado en la esfera de la intersubjetividad, marcado por los límites y alentado por la influencia de las dimensiones estructurales y culturales (Villalón, 2008). Se plantean dos posibles explicaciones o hipótesis generales como respuestas a las preguntas anteriores, que son complementarias entre sí.

Por un lado, al asumir la importancia que las diferencias estructurales de desigualdad e integración social tienen sobre las jerarquías de identificación, se plantea que la asociación observada podría ser el resultado de que una sociedad donde prevalece la forma de identificación laxa y elegida sobre otras fuertes y adscriptivas o elegidas es una sociedad sin capacidad de respuesta a problemas sociales bási-

Tabla 1. Datos sobre población y extensión de las identidades sociales, por regiones. España, 2008

Regiones	Población (%)			Crisis expresiva (%)	Extensión de las identidades (se identifica en primer o segundo lugar con...) [%]										Tamaño de la muestra (personas)
	Factor poblacional < 30 años	Factores estructurales			Factores culturales										
		Trabajo precario	Contrato temporal	Todos por igual en primer lugar	Los de la misma edad	Los del mismo sexo	Los de la misma clase	Los de la misma región	Los del mismo municipio	Los de las mismas ideas políticas	Los de los mismos estilos de vida	Los de la misma religión	Los de la misma profesión y trabajo		
Andalucía	34,6	11,7	7,0	24,8	47,7	8,3	10,7	8,7	19,8	1,1	25,0	6,7	10,4	460	
Aragón	38,2	5,8	1,7	65,8	56,7	3,3	3,3	4,2	3,3	0,0	40,8	0,8	5,0	120	
Asturias	27,8	4,3	2,9	20,6	67,6	25,0	10,3	8,8	38,2	0,0	8,8	1,5	1,5	69	
Baleares	48,1	1,5	0,0	69,7	18,1	40,3	19,5	1,5	11,9	0,0	3,0	0,0	0,0	67	
Castilla-La Mancha	35,2	19,3	16,6	22,7	61,6	4,2	19,4	1,4	25,1	4,9	18,1	3,5	7,0	145	
Cataluña	39,1	21,5	18,0	12,9	63,0	6,4	6,5	6,0	1,7	14,2	33,4	8,6	22,0	522	
Castilla y León	32,1	10,5	10,5	25,1	44,4	38,6	17,5	2,9	21,1	0,0	20,5	0,6	8,2	172	
Valencia	37,1	34,3	33,3	15,3	30,0	15,3	11,3	8,3	20,8	7,7	29,1	9,8	21,2	321	
Extremadura	37,2	15,5	12,7	38,0	45,2	18,5	2,9	2,8	4,2	0,0	8,5	1,4	1,4	71	
Galicia	32,5	10,2	4,9	7,7	62,7	54,3	9,2	26,6	13,1	3,9	6,8	0,0	2,9	205	
Canarias	43,4	23,1	19,4	50,0	40,3	15,8	2,8	0,0	14,0	0,0	16,0	0,0	12,0	108	
Madrid	35,7	13,4	9,8	30,7	41,7	14,8	10,9	5,6	3,4	9,8	24,3	0,8	10,4	358	
Murcia	34,0	9,3	8,3	26,6	46,1	11,9	18,1	8,4	9,6	9,6	9,4	11,5	8,6	108	
País Vasco	33,9	8,3	5,4	42,5	45,5	14,3	25,0	6,0	8,9	7,2	10,7	0,0	0,0	168	
España	36,0	15,6	12,6	25,1	49,2	16,9	11,1	7,1	12,3	6,2	23,4	4,6	11,8	2.992	

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta sobre Condiciones de Vida, 2008.

cos actualmente, como la precariedad laboral y la exclusión social. Por tanto, una sociedad en la que predominasen las identidades micro y laxas sobre las demás y en las que la precariedad laboral o la exclusión social fuese mayor tendería a desarrollar una mayor crisis expresiva.

Por otro lado, al reconocer el cambio cultural como una transformación histórica que se produce en el tiempo y que necesita de un cambio de las generaciones, se podría plantear que esta asociación se produce como consecuencia del cambio generacional. Es decir, al ser mayor la extensión de los estilos de vida en la conciencia social de las generaciones más jóvenes, las identidades sociales características de los más mayores han perdido en esas regiones la mayor parte de su fuerza diferenciadora, de modo que una parte importante de la población ha sufrido una situación de crisis expresiva al no poderse adaptar rápidamente a las nuevas formas de identificación laxas ideológicamente y microsituacionales. Así, en sociedades de mayor identificación laxa y micro, y con un porcentaje mayor de personas jóvenes, se produciría una mayor crisis expresiva.

Los factores de influencia observados en la investigación se catalogan en tres categorías analíticas: poblacionales, culturales y estructurales (tabla 1). El factor poblacional que influye sobre la crisis expresiva es el porcentaje de población menor de 30 años. A mayor porcentaje de jóvenes, se incrementa el porcentaje de personas que se identifican con todos por igual. Este factor explica un 43% de las variaciones de la muestra. El grado de confianza de los resultados es superior al 99%.

Los factores culturales que influyen sobre la crisis expresiva son los dos componentes factoriales encontrados. Según los resultados obtenidos, el que haya una preponderancia de las identidades basadas en los estilos de vida sobre las identidades adscritas y una baja representación de población que se identifique principalmente en función de rasgos adquiridos e ideales fomenta un crecimiento de la crisis expresiva. Es decir, cuanto más se ha tendido a producir el cambio hacia formas posmodernas de identidad social, mayor es la crisis expresiva. Este factor explica un 47% de las variaciones de la muestra. El grado de confianza de los resultados es superior al 97%.

Si tenemos en cuenta que la tendencia general en España es que los jóvenes tienden más que los mayores a identificarse en función de los estilos de vida y menos que los demás a tener dificultades para identificarse (Villalón, 2008b), se concluye que las sociedades cuyas generaciones más jóvenes han entrado más en la era posmoderna son las que tienen un mayor problema expresivo que les permita definir sus grupos de referencia principales. Por consiguiente, la crisis expresiva parece, en su mayor parte, fruto del desarrollo de una cultura posmoderna que se implanta entre las generaciones adultas que todavía no han aceptado el nuevo modelo de identificación basado en los estilos de vida, pero que ya han abandonado los pilares modernos y tradicionales de identificación social. Por lo tanto, la tendencia general es a que dicha crisis se reduzca, al tiempo que siga extendiéndose e intensificándose el conjunto de identidades electivas.

Sin embargo, existen factores externos que están incidiendo en el proceso y que pueden tender a ralentizar el cambio de las identidades sociales básicas. El factor estructural que influye significativamente sobre la crisis expresiva es el porcentaje de población con contratos temporales y precarios. Conforme aumenta el peso relativo de este sector social, se reduce la crisis expresiva. Este factor, sin embargo, sólo explica un 19% del porcentaje de personas que se identifican con todos por igual. El grado de confianza de los resultados es superior al 94%. Este efecto se produce como consecuencia de que el aumento de la precariedad laboral fortalece los rasgos modernos de diferenciación que aún tienen cierta representación y visibilidad en la arena política, como la clase social, la ocupación, las ideas políticas y las ideas religiosas. Concretamente, la relación más patente se establece entre la variable empleados precarios y extensión de la ocupación como modo de identificación social básico, de manera que el nivel de empleo precario en una región explica el 63% de la varianza de la extensión de la profesión, con nivel de confianza superior al 99%.

En conjunto, es decir, teniendo en cuenta todos los factores indicados, el modelo explicativo de una mayor crisis expresiva en unas regiones que en otras permite explicar el 74% de la varianza de la muestra con un nivel de confianza de un 99,5%. Sin embargo, una vez apreciada la existencia de problemas de asociación entre las variables generacionales y culturales, que implican un alto grado de colinealidad, el modelo predictivo más adecuado debe ajustarse. Este nuevo modelo tiene una capacidad predictiva de un 70% y su nivel de confianza es de un 99,7%. Incluye tres factores: el porcentaje de población menor de 30 años; el índice de precariedad, que incluye el porcentaje de población en empleos precarios y temporales; y el factor de mayor extensión de las identidades adquiridas e ideales. Y deja fuera el factor de mayor extensión de las identidades basadas en los estilos de vida frente a los basados en identidades adscritas. Esto último ocurre como consecuencia de que este factor cultural tiene un nivel de correlación de Pearson inverso, significativo y explicativo del 67% de la varianza del

porcentaje de población menor de 30 años, lo cual indica que, a mayor porcentaje de población joven, hay una mayor identificación con los estilos de vida.

Por tanto, la crisis expresiva, reflejada por la respuesta “me identifico con todos los tipos de grupos por igual”, sin capacidad de diferenciar entre los iguales y los diferentes, es parte de un proceso de transformación histórica desde las sociedades modernas europeas a las sociedades posmodernas. Cuanta más fuerza va tomando el tipo de identidad social más apropiada para las sociedades posmodernas o líquidas, que son las identidades sociales basadas en los estilos de vida, mayor es el nivel de crisis expresiva en las generaciones adultas. Por eso, fundamentalmente, las sociedades más posmodernas son las que tienen un mayor grado de crisis expresiva, hasta que llegue posiblemente un momento en que se extiendan a toda la pirámide de edad las nuevas formas de identificación social. Este hecho ocurrirá conforme vayan sustituyéndose las generaciones, al igual que ocurre con otros elementos culturales, como los valores de la autoexpresión (Inglehart y Welzel, 2006).

Pero el escenario indicado se ve ralentizado en el tiempo por varios factores: en primer lugar, el tipo de modelo de identificación predominante en cada sociedad; segundo, el envejecimiento de la población; y, tercero, el grado de precariedad laboral que cada región soporta. De este modo, el tiempo que dure la crisis expresiva se podrá reducir conforme se aminore el nivel de precariedad laboral. Si no lo hacemos, la crisis expresiva podrá reducirse, pero no porque se produzca el cambio hacia un modelo social donde el ámbito de identificación e intereses se haya trasladado hacia los gustos, las costumbres, las modas y las aficiones, sino porque se habrán vuelto a fortalecer las identidades sociales modernas, con lo que se incrementará el riesgo de conflictos sociales devenidos de la desigualdad social. O, peor aún, se habrán fortalecido las identidades sociales adscriptivas, como la edad y el sexo, que son capaces de generar mayores niveles de conflicto. Esto sucede entre los jóvenes cuando experimentan mayor grado de precariedad laboral (Villalón, 2007).

Bibliografía

- BECK, U.; y BECK, E. (2003): *La individualización institucionalizada*, Madrid, Paidós.
- BERGER, P. L.; y LUCKMANN, Th. (2000): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Madrid, Paidós Studio.
- DEL CAMPO, S.; y TEZANOS, J. F. (2008): *La sociedad*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- DUBAR, Cl. (2002): *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*, Barcelona, Bellaterra.
- INGLEHART, R.; y WELZEL, Ch. (2006): *Modernización. Cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*, colección Monografías, Madrid, CIS, pág. 231.
- MARINAS, J. M. (1998): “Tendencias emergentes de la cultura del consumo”, *Documentación Social*, nº 111, pág. 142.
- TEZANOS, J. F. (2001): *La sociedad dividida. Estructura de clases y desigualdad en las sociedades tecnológicas*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- TEZANOS, J. F.; VILLALÓN, J. J.; y DÍAZ, V. (2008): *Tendencias de cambio de las identidades y valores de los jóvenes en España. 1995-2007*, Madrid, Injuve.
- VILLALÓN, J. J. (2008): “Identidades sociales y exclusión”, en *VI Informe FOESSA*, Madrid, FOESSA-Cáritas, versión impresa, cap. 6.
- (2008b): “Identidades sociales y exclusión”, en *VI Informe FOESSA*, Madrid, FOESSA-Cáritas, versión electrónica, cap. 6.
- (2007): “Las identidades sociales de los jóvenes españoles. La edad como elemento clave de división social”, *Sistema*, nº 197-198, págs. 253-283.
- (2006): *Identidades sociales y exclusión. ¿Qué nos diferencia? ¿Qué nos iguala?*, Madrid, Foessa-Cáritas.